los árabes acostumbran volver los pies de sus sepultos hacia la ciudad santa, la Meca, y tienen sepulcros á veces suntuosos, pero en los cuales, incluso el de Mahoma, reina más la ostentación que el buen gusto; la llamada tumba de *Rumía* ó de la *Cristiana*. histórico y venerable monumento cerca de Argel, al extremo Oeste de la llanura de Metidjah, nada tiene de arábigo ni la adornan arabescos; es cristiana, probablemente española, de origen desconocido.

Los cosacos desde tiempo inmemorial enterraban vivos á los asesinos, y sobre la tumba se ponía un ataud que encerraba el cadáver del interfecto; todo el que pasaba bendecía á éste y maldecía al sepulto.

Los Kamtzchadales y Kalmukos alimentan á sus perros con los cadáveres de los humanos, aun los más íntimos; así nos lo cuenta un tal Kramschanninikoff (¡bendito nombre!) Entre salvajes de Andaman se entierra premuerto, y cuando la carne se disuelve se reparten los huesos en la familia, tocando el cráneo á la viuda, que lo emplea en guardar chucherías; ¡cuántas aguardarían con ansia la hora de poder usar tan económico prendero!

En China se queman papeles representando caballos, monedas y otras bagatelas que el muerto pueda necesitar en la otra vida, mientras en Japón sables de madera como insignias de distinción. Estos japoneses han tomado mucho de los europeos, modificando por ende sus primitivas prácticas: siempre fueron los más respetuosos del mundo con sus muertos; si se cita la alegría francesa como característica de una raza, bien puede mencionarse el dolor japonés como distintivo de otra. Para soberanos solía construirse un edificio ad hoc, pero ya desde época remota se había abolido la salvaje costumbre de sepultar con el monarca á los de su servicio, quienes ya sólo en efigie ó en estatua le acompañan. Los ricos eran inhumados en doble féretro, y sobre la sepultura se plantaba un árbol frutal, cuya fruta se comía con solicitud cariñosa por deudos

y parientes; ¡adorable práctica!, asi acaso se asimilaban, purificados, elementos que fueron del querido difunto. Desde hace 14 siglos creman con lujo, y con el cadáver sepultan multitud de escritos sobre la ceremonia.

Los australianos (Huxley y Dumond d' Urville dicen) en lo general entierran; pero á veces incineran por cremación tosca y rudimentaria como la nuestra para el buey que muere de gangrena, y conservan la bóveda craniana para usos domésticos, cosa plausible donde no hay alfarería ni cerámica ni cosa que supla; para lo no utilizable un montículo como los dolmens antidiluvianos. Los aborígenes de Nueva Zelandia é islas adyacentes, entierran en sus casas, las cuales se pintan de amarillo para indicar que está *tabon-tabon*, y es lo más curioso que los sacrificados en honor del muerto eran luego comidos; pero ya los cultos ingleses han suprimido esas estúpidas prácticas, así como abolieron los sacrificios humanos eu la raza autóctona de la India. Ni la hoguera devora ya viudas, ni el carro de Jugernaut aplasta fanáticos.

Los haitianos no entierran el cadáver, sino el esqueleto; aquel se pone sobre una tarima alzada y circuida de empalizada de bambúes, hasta que se esqueleta. Entre caribes, por quince lunas llevaban diariamente de comer á la tumba de la viuda, y era creencia admitida que el diablo se llevaba la comida; «pero yo no soy de esta opinión, pues que he llevàdome y comídome todas esas ofrendas muchas veces.» Este *yo* que había llevádose y comídose las ofrendas, no es el autor, sino otro diablo, es decir, un pirata de aquellos tiempos, según una obra flamenca del siglo XVII, titulada *Piratas de América*.

Los africanos se conservan aún, respecto á lo material, en la edad paleolítica, y respecto á lo moral mucho más atrás, pues ignoran el alivio del llanto ó no lo han menester; es cosa muy natural que nuestros padres se parezcan más que nosotros á nuestros abuelos antropopítecos. Aún hay tribus que no inhuman, sino inaguan, pues arrojan

los muertos al río Zambeze para que sean devorados por cocodrilos, tal como los bengalíes los sepultaban preagónicos en las sagradas aguas del Ganges.

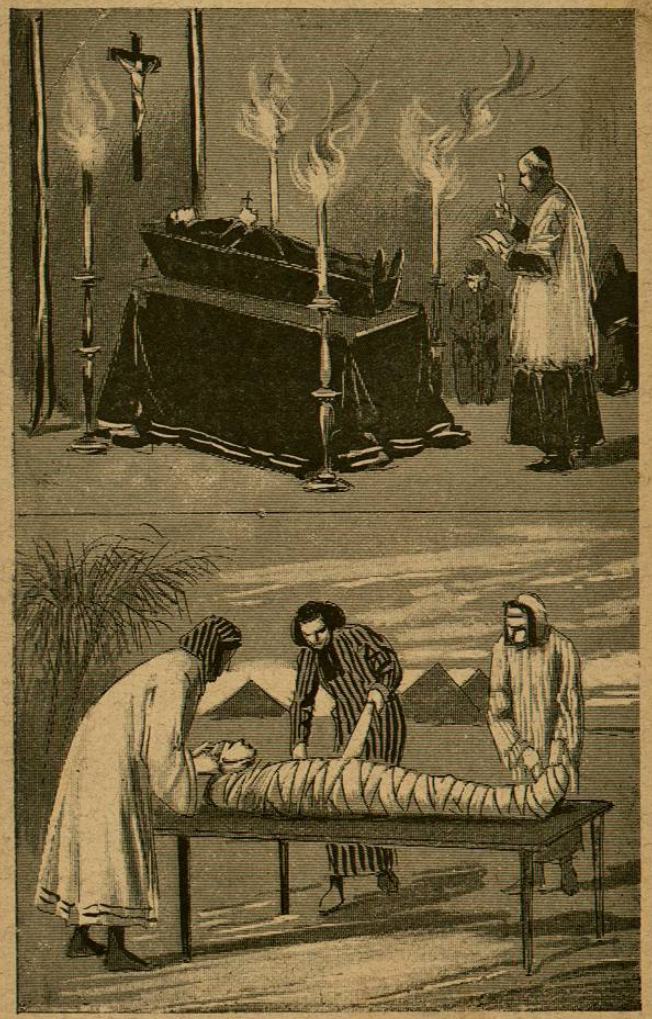
Otros en Africa, cosidos en toscas esteras de corteza, son colgados de las ramas del bahobah; en muchas comarcas de la salvaje Libia se canta y se baila en celebración de funerales, sin duda porque, llenas de privaciones esas vidas, la muerte es su mayor bien. En otros, cuando fallece un rey, se desencauza un río (cual dicen se hizo en el Po para Atila) se abre en el seco cáuce la fosa para S. M., la cual se tapiza y tapia con mujeres vivas, excepción hecha de la segunda esposa, que tiene el derecho de ser inmolada con antelación; además, la sangre de 40 á 50 esclavos varones degollados ante el regio cadáver, riega la real sepultura. Después, el río vuelve á su curso, sigue fertilizando terrenos, y su murmullo sigue siendo risa de la primavera, y no censura mordaz de tales abominaciones.

Los ashantis sepultan en el hogar; también, si rey, con acompañamiento de vivos, y preparan manjares que dejan podrir y disolver, para que la esencia de ellos alimente las almas que revolotean invisibles en el recinto doméstico. No se puede concebir nada más toscamente espiritualista.

El rey color azabache de Boni, habita un palacio construido con osamentas humanas, y reposa cuando finado en tumba que decoran cadáveres de sus súbditos; para comprender el asco que eso inspira, comparadlo con las sencillas tumbas de nuestros cementerios de campo, con sus flores amarillas y su epitafio de lágrimas y de recuerdos inefables.

Ayer Buhodu, rey de Dahomey (estamos aún en Africa) degolló docenas en honor de su padre, y eso que el tal padre fué gran tratante de esclavos con nosotros, es decir, con nuestros negreros, y cosa igual pasa ¡desgraciados pueblos! en Benin, en Ashanti y en Zululandia. Siete mil víctimas, esto fué ayer, alfombraron el suelo en las exe-

Entre cristianos



Entre egipcios

quias de Umnanda, madre de Tchacka, rey de los zulues, mientras en el fondo de su fosa diez doncellas vivas... y la civilización ve y calla! y la Europa no barre de la faz del globo esa canalla antediluviana.

Barrer, barrer... ilustrando.

Aún hay más; hay tribus que queman y no incineran, pues, tuestan para... comer. En Nigricia acompañan al muerto los regalos que usamos nosotros en bodas ó bautismos, frutas, bebidas, utensilios; así como en la América Septentrional los esquimales depositan con el cadáver sus kujais ó lanzas.

Pero hoy, lo que resta del Africa primitiva es todo transitorio: el Africa se va para dejarnos en su lugar un pedazo de Europa, y así se irán las numerosas variantes que en lo que respecta á cadáveres y entierros, pudiéramos aún encontrar en el mundo de la barbarie.

Estos enterramientos de salvajes se verifican siempre en campo raso y do quiera cada quisque, porque no hay cementerios; los *turbes* de los turcos, sin embargo, se alzan en medio de la ciudad mejor situada y más puerca de Europa, la que pudiera llamarse Cinópolis por su abundancia de canes; y es que entre esos y otros orientales jamás ocurrió la idea del término absoluto; por eso forman jardines y cármenes tan bellos y poéticos que da gana de morirse para gozarlos.

En el mundo cristiano las exequias, salvo ligeras variantes de pura forma, guardan uniformidad: aún del que perece por la espada de la ley es respetado el cadáver, sin que contradiga esa aserción ni la autópsia que ordena el juez en el necrocomio ni el descuartizamiento que practica el estudiante en el hospital.

En Inglaterra, siglos atrás, un importuno respeto impedía las autopsias y disecciones y fué rémora al adelanto de la Anatomía; rezagos de aquellos tiempos en que el médico de Pérgamo hacía sus excursiones anatómicos en res-

tos de nuestros congéneres monos, por ser inviolables los humanos. Hoy se ha abolido en toda la cristiandad la práctica, comenzada con los primeros carlovingios, de enterrar al rededor ó al interior de las iglesias.

Nosotros los hispanos y en general los latinos practicamos lo que nos trasmitieron nuestros antecesores, y si solemnes y majestuosos fueron los mausoleos egipcios, no menos ostentosos son los nuestros, y sobra en nuestras necrópolis cuanto puede alhagar la vanidad de los supervivientes; arbolado, flores, cruces, rejas, mármoles, estátuas, inscripciones, todo menos sencillez é igualdad, á no ser en la fosa de los pobres, únicos que escapan al afán de los vivos de traficar con la muerte. Los huesos de *esos* van al osario general; en las catacumbas de París se pasea uno entre dos murallas de osamentas humanas.

Solo hasta Constantino el Grande cremaron los romanos: con la propagación del Cristianismo que necesitaba los cuerpos para hacerlos brotar algún día glorificados de la tumba (San Pablo, 1-Cor. 13,36), comenzó á abolirse la cremación, y recibió su último golpe cuando Carlo Magno, protector de la Iglesia, prohibió á los sajones quemar so pena de muerte. En años felizmente ya lejanos, la Iglesia usó el fuego... aplicándolo á los vivos.

Hoy vuelve á tomar cuerpo la cremación que, según aseguran doctores muy doctos, es más higiénico que la inhumación, pues cuanto más lenta la fermentación, más tiempo tendrá para producir sulfuros y carburos y expedir gases y principios disolventes, que vendrán sin ser llamados ni esperados á adulterar el aire que hemos de respirar, ó el agua que hemos de beber. Lo que es para el cadáver todo es igual, y aunque dispusiera ser enterrado no se quejaría si lo quemáramos.

Campeones de la cremación coetánea han sido los doctores Dingler y Feydeau, y van ganando terreno; hay ya hornos crematorios en Italia, Francia, Alemania, Suiza y Estados Unidos. En Père Lachaise hay dos y un columbarium que semeja en menor escala el camposanto de Génova; en este año hay otro columbarium en proyecto en el de Mont-Parnase. El horno crematorio, sistema Pablo Garini, ensayado en Milán y hoy establecido en Florencia, es el mejor y más barato; en ese de Florencia fué incinerado, año 69, el opulento Muharaja, rajah de Kelapore; más de cien cremaciones practicadas allí hasta la fecha prueban que dentro de poco sólo los pobres serán enterrados, pero esos siempre tuvieron el privilegio de pudrirse gratis. Garibaldi fué embalsamado, aunque pidió cremación.

El enterrar se va, ¡qué lástima... que no se hubiera ido antes, y que no se fuera también la disección ó embalsamiento que es la peor postrimería humana! No la llamaré sacrílega, no diré con Larousse que la momificación es protesta impía contra la muerte, pero sí diré que quitar á la vida universal los elementos que la muerte tiende á devolverle, es lucha insensata contra natura y necedad insigne. Esto de cortar y vaciar como se corta y vacía un pollo, rellenar como un pavo, inocular con una jeringa una incorruptibilidad siempre temporal, para que mañana, dejemos correr los tiempos, seamos momia curiosa vendida y revendida y exhibida por algunos centavos, como la nodriza de Washington que inventó Barnum, me parece sacrilegio mayor que guardar sustento para gusanos. Dejemos á la podredumbre, etapa transitoria de la materia, cumplir su misión de reproducir seres que, aunque de inmundo origen, tienen derecho á respirar y á nutrirse. ¡Bendita podredumbre, acaso exclamará algún archiromántico, en tus inmundicias palpita la vida, producto tuyo es toda tierra laborable, regenerador es tu caliente seno, tu eres fecundo germen de metamórfosis y de nuevas existencias, bendita podredumbre, siempre estaré dispuesto á admirarte, venerarte... y alejarte lo más posible.

Sabido es, por otra parte, que el ácido sulfúrico disuelve la materia humana, huesos, carne, músculos, vísceras,

piel, tendones; soberbio modo de hacer desaparecer cadáveres, que suprime cementerios, ustrinas y hornos crematorios.

Pero si no aplaudo bálsamos, menos estoy por nuestros aparatosos entierros, que por lo general no son honroso homenaje al muerto, sino alhago á la vanidad de los vivos. Queremos ruidosa pompa, séquito lucido, aunque cueste el pan de mañana; queremos damas que se asomen al balcón á ver pasar el luctuoso cortejo, pillos callejeros que para ver mejor asalten los postes del alumbrado; queremos ostentoso sepulcro para que la gerarquía y la distinción alcancen más allá de la tumba, que es corta la vida para hacer brillar nuestra superioridad.

¡Qué triste entierro! decimos si no siguen más de media docena de carruajes. Esa frase equivale á esta otra: ¡Qué poca influencia tienen los dolientes!

¡Ay de aquél que no deja quien llore y pague! ¡ay de quien no deja deudos, aunque tampoco deje deudas! Así se acordarán de él como yo de mi tatarabuelo, que no conocí. Pero le honrará más esa vana ostentación que las acciones meritorias de su vida? ¿Le revelará más virtuoso ó menos pecador de lo que fué? ¿y si hay un más allá, le abrirá las puertas esa profusión de cirios y blandones que enfermarían á cualquiera, y ese pomposo aparato y esas coronas que adornan donde acaso faltan ojos que lloren?

Queden esas vanidades para aquellos cuya insignificancia necesita de ellas, por carecer de méritos reales que lo perpetúen en la memoria de los suyos. Falta hacen grandes sepulcros á los pequeños, pero bastan humildes á los grandes. El llanto de los pobres, ese es el mejor apoteósis; ¿qué panteón vale lo que un recuerdo de amor?

Por otra parte, enterrar con modestia no deshonra á los supervivientes, como no deshonran al difunto en su supremo descanso las monstruosas fealdades de la podredumbre.

Contemplando el sepulcro, hijo del orgullo de Cecilia

Metello, muy conocida en su casa, y la pirámide de Cayo Castio, sólo célebre por ella, camino de San Pablo, Roma, he recordado el sencillo cenotafio que en Mount Vernon guarda los restos del «padre de su patria.»

Y recuerdo también, entre los fastuosos monumentos del cementerio de Milán, uno modesto y humilde con esta inscripción:

sugli estinti
Non sorge fiore, ove non sia di meste
Lodi onorato ed 'amoroso pianto.

No nacen flores en la tumba de los muertos, sino regadas por lágrimas y elogios de los vivos.

Hay más; que acaso no fué siempre el *vanitas vanitatum* lo que promovió ostentosas honras fúnebres; á veces medió el remordimiento ó la necesidad de aplacar los manes de un agraviado con ofrendas tardías. ¡Quién sabe si Artemisa le había jugado alguna trastada á Mausolo! pues qué, ¿faltaban Lovelaces y Tenorios en la Media?

En verdad, la llama purificadora de las podredumbres humanas vale más que todo eso. Pero yo no estoy por la inhumación ni por la cremación; estoy por la utilización, y no seré el primero que así piense: el legislador Solon dispuso al morir que se llevaran sus restos á Salamina, que allí se les quemase y que se esparciese sus cenizas por el campo.

Mejor que guardar momias, materia á la fin putrescible, aunque en ella vivió un alma, mejor que las urnas cinerarias con potasa y soda y sílice, es un dije formado de un hueso de un sér querido, ó un rosal floreciendo con el abono en que se convirtió nuestro cuerpo.

Eso debe desear el padre que quiere vivir en la memoria de su hija, eso el marido que no quiere ser olvidado por su cara consorte, á lo menos mientras ésta no desenviude.

En cuanto á mí, me importa muy poco lo que de mis despojos se haga; sé que no será la patria la que de ellos se ocupe; pero eso me tiene sin cuidado: estoy con aquel filósofo griego, Dermonax, que preguntado á los cien años de qué modo quería ser tratado en *postmortem*, contestó: «No me ocupo de eso; el cadáver hará que tratéis de salir de él.»

Y yo digo lo mismo, porque no pienso ser incorruptible.

¡Oh! mis sucesores y herederos, que sin duda me habéis de llorar mucho, mucho, mucho: suprimidme cumplidos; enviadme, si os place, á la fosa común, no lloraré por ello; hacedme honras si pensáis que algún provecho os trae; pero nada de figurones y casacones rojos, y nada de *gori, gori*... ¿para qué? si fuí bueno, no lo necesito; si fuí malo, eso no me salva.

Sencillez, modestia; cuatro amigos que de buena voluntad me acompañen, y que con el alma me digan: «Hasta luego.»

Eso quiero. Y si hay ya cremación en la patria, cremadme, ¡pardiez! cremadme.

SEGUNDA PARTE

El Alma

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .